

Homilía

Santuario Reina de los Apóstoles

Un camino de libertad y de alegría

Un saludo particular al P. Valdir, me da mucha alegría estar con todos ustedes. Un saludo a toda la Familia Paulina y hoy de una manera muy particular a todas las Hijas de San Pablo, a la superiora general y a su consejo.

Soy muy feliz de haber sido invitado a participar en este momento de acción de gracias a Dios, para alabar al Señor por la historia de estos 100 años de carisma y de vida; de un carisma que es moderno, que tiene ya 100 años, pero que ha nacido justamente en estos últimos tiempos y ha dado ya muchos frutos, y se ha hecho así de grande.

Una cosa que admiro mucho de la Familia Paulina es que don Santiago Alberione ha sido un fundador muy fecundo.

Esta fiesta que estamos viviendo juntos nos da la posibilidad de mirar nuestra historia como una historia que da gloria a Dios. San Agustín dice: *Cuando ustedes oran dan gloria a Dios; y cuando no están en oración, sino dedicados a las cosas que deben hacer, pueden seguir dando gloria a Dios.* Y una vida puede ser una vida de gloria a Dios.

Debemos caminar juntos

Los textos de la liturgia que han elegido expresan muy bien este sentido de gratitud. Podemos ver este camino hacia la casa de Dios, hacia aquel que nos ha involucrado en su vida y nos hace ir hacia Él en Jesús. Entonces, la primera cosa, mirando al carisma de ustedes

en este jubileo, que continuará por mucho tiempo, es preguntarnos cuál es el don que hemos recibido para dar gloria a Dios.

El Concilio nos ha recordado a nosotros los consagrados que, ante todo, debemos caminar para llegar

Esta fiesta que estamos viviendo juntos nos da la posibilidad de mirar nuestra historia como una historia que da gloria a Dios.



a ser cada vez más discípulos de Jesús. Llegar a ser discípulos quiere decir vivir la Palabra (la Palabra es Jesús), vivir los sacramentos (los sacramentos son Jesús), vivir la Iglesia (la Iglesia es Jesús). Hacer este camino quiere decir aprender el camino de este único Maestro.

Nuestra civilización hoy, en muchos lugares, no quiere ya la presencia de Dios; ha caído en la búsqueda de una verdad que nos encierra en el individualismo: cada uno es verdad para sí mismo y ya no hay una verdad común. ¿Cómo llegar a ser discípulos hoy?

Jesús ha llamado a toda la Familia Paulina – y a todos nosotros en la Iglesia – a recorrer un camino según el Evangelio. El Papa ha aclarado una cosa muy importante para la espiritualidad: lo que es propio de los consagrados – como los Paulinos y las Paulinas – no es la radicalidad evangélica. Esta es necesaria, pero es el fundamento para todos: casados, consagrados, pequeños, grandes, de una cultura o de otra... Seguir a Jesús es de todos, y todos debemos vivir los mismos valores. El Papa nos ha ayudado a comprender que no hay discípulos de Jesús de primera clase y discípulos de segunda clase.

Por lo tanto, debemos mirar a cada persona que trata de seguir a Jesús como nuestro compañero de viaje; en una vocación diversa, pero que nos hallamos en el único camino. Esto significa que debemos caminar juntos.



¿Cómo pasar de un camino individualista a aquella espiritualidad de comunión de la cual hablaba san Juan Pablo II? Hemos aprendido a seguir al Señor desde este centro que somos nosotros, pero ahora estamos llamados a cambiar este centro y dejar que Dios entre en este centro y nos lleve hacia los hermanos y hermanas. Los consagrados son personas que entienden y responden sí a Dios, a su invitación: si tú quieres seguirme más de cerca, entonces ten la valentía de vivir en pobreza verdadera y en verdadera comunión; ten la valentía de comprender el valor de la virginidad; ten la valentía de comprender también la relación autoridad y obediencia bajo una nueva luz. Este camino no es un camino de obligaciones, de pérdida de libertad, sino un camino de libertad, de alegría...

Renovar nuestras relaciones

La característica del consagrado debe ser la alegría. Cuando la alegría aparece en los labios debe existir en el corazón, porque de lo contrario somos alguien fuera de camino. Y esta alegría debe ser profecía de lo que ha ocurrido entre nosotros y el Señor. Renovar nuestras relaciones. Los tiempos para la fraternidad... La vida fraterna dentro de nuestras comunidades debe renovarse: no es sólo "máxima penitencia" sino posibilidad de experimentar a Dios, porque cuando yo amo al otro, soy como Dios, llego a ser amor como Dios, llevo a Dios en medio de la comunidad.

Este camino no es un camino de obligaciones, de pérdida de libertad, sino un camino de libertad, de alegría...

La segunda cosa es de no considerar la formación como algo que se debe hacer en un tiempo determinado: yo me formo y,

después que estoy formado, me detengo. Un discípulo de Jesús comienza a ser formado en el vientre de la madre y termina de ser formado en el día en el cual da el último respiro. Allí podrá decir: ¡Ahora estoy formado! Este camino dinámico con el Señor – de quienes se forman cada vez más, de quienes se perfeccionan cada vez más, de quienes siguen a Jesús más de cerca – es para ustedes y para nosotros, está en nuestros carismas, está en el camino de nuestros fundadores. Los fundadores son como las luces, son los puntos de referencia indispensables.

Jesús es la Buena Noticia

Dios les ha dado a ustedes un carisma muy actual, que se realiza a través de todas las formas de comunicación, en todas las partes del mundo. Son las misioneras de la comunicación, y por esto deben trabajar en el ámbito de las relaciones fraternas, para comunicar, hacer pasar la Buena Noticia que es Jesús. Para nosotros quizás el peligro está en no sentirnos en comunidad, en no sentirnos entre hermanos y hermanas. Debemos podernos ayudar en este camino que no ve lo humano junto a lo divino, pero lo humano y lo divino caminan juntos. Entonces debemos renovar nuestras relaciones de autoridad y de obediencia. Podemos ser en autoridad y ser obedientes si somos hermanos, si somos hermanas; de lo contrario hay esclavitud y desconfianza. Si en cambio nosotros somos hermanos y hermanas realmente, entramos en el corazón del dolor del otro, tratamos de entender lo que ocurre en aquel momento especial de la vida del otro, nos ayudamos a seguir adelante, a perseverar...

Ha de renovarse también la relación hombre-mujer en la vida consagrada. Hemos separado demasiado el mundo femenino y el mundo masculino, como si uno fuese – digámoslo – tentación para el otro, y esto no puede ser verdad porque Dios nos ha creado hombre y mujer; la humanidad está constituida por hombres y mujeres juntos: no solo el hombre, no solo la mujer. Renovar el modo de mirarnos en los ojos puede renovar también la perspectiva del amor humano, que llega a ser bello, muy bello.

Que Dios bendiga a las Hijas de San Pablo, bendiga a toda la Familia Paulina, bendiga a todos nosotros que en la Iglesia tratamos de seguir a Jesús y de seguir a nuestros fundadores.

*S.E. card. João Braz de Aviz
Prefecto de la Congregación
para los Instituto de vida consagrada*